

son incontables, tanto por lo que canta y el modo de cantarlo, como por su actitud humana, tremendamente cordial y en absoluta coherencia con su proyección artística. Quizá alguien piense que estas son observaciones marginales, que tienen poco que ver con los valores de Paco Ibáñez como autor y como cantante. Por mi parte, creo que si la armonía entre la personalidad pública y la privada es una de las raíces de cualquier creación convincente, en el caso de un hombre con la significación de Paco Ibáñez, tal armonía es éticamente exigible y necesaria. Porque todo compromiso social, antes que en la palabra y aun en la esporádica acción política, empieza en el modo de vivir, en la suma de compromisos que entraña el planteamiento de las relaciones cotidianas.

Cuando hablé con Paco Ibáñez estaba a punto de salir con el Cuarteto Cedrón para dar un recital en una ciudad del Sur de Francia.

—¿Cuándo cantas en España?

—No lo sé. Ni sé tampoco si podría hacerlo ahora de un modo regular. En todo caso, es evidente que a mí me gustaría, aunque pienso que debo dejarlo para más adelante.

—¿Por qué?

—Temo que ahora, por lo que me dicen, mi presencia sería inútil. Yo creo que los cantantes estamos comprometidos con determinadas banderas —como todo el mundo—, pero que somos artistas, y no las banderas mismas. Quiero cantar para que me escuchen, para intentar proyectar una serie de cosas, y eso puede resultar casi imposible en una determinada atmósfera. No creo que un cantante pueda sustituir —y si crea esa ilusión, tanto peor— al discurso ni al acto específicamente políticos.

—Pero muchas de tus canciones contienen una carga precisa...

—Yo he cantado al pueblo, he cantado al futuro, pero también he cantado a la flor. Me gustará cantar en España cuando nadie me empuje ni se quede con uno solo de mis temas. No creo en los "slogans" con música. Ese tipo de relación está fuera de los propósitos de un cantante. Uno, lo que quiere es proyectar la complejidad, que se valore la letra y también la música; establecer

los compromisos a través de la comunicación de la obra, y no de apriorismos suscitados por la simple presencia física... Todo ello, claro, salvo casos y circunstancias muy excepcionales.

Las ideas de Paco Ibáñez al respecto son tajantes. Rechaza convertirse en el motivo de cualquier desahogo emocional de la pequeña burguesía progresista. En un orden análogo se expresa Tata, del Cuarteto Cedrón. Luego, en el "foyer" del teatro D'Orsay, hablando con Isabel y con Angel Parra, nos sale el mismo tema, esta vez referido a la canción chilena. Inútil cualquier precisión sobre la línea política de ambos hermanos. Los dos están en la memoria de los días claros y los días negros de Santiago; los dos evocan en sus recitales de la pequeña sala de D'Orsay la esperanza y la tragedia de Chile. Hablamos de la realidad latinoamericana, de los errores de un análisis que estableció ciertas "exigencias ideológicas" al margen de las posibilidades reales del proceso económico-político. Y nos repetimos —cuando Pinochet manda en Chile y París está lleno de exiliados de toda Sudamérica— que un cantante, como cualquier artista, sólo es revolucionario si renuncia a las "falsas ilusiones", a los consoladores "slogans", para transmitirle al público una conciencia —o un sentimiento, que es bien pronto conciencia— lo más rica posible de lo real. En cuyo intento entra, obviamente, la pérdida de cualquier simplificación. ■ JOSE MONLEON.



## Elisa Serna: soñar la libertad

El segundo disco de larga duración de Elisa Serna (1) puede sorprender a todos los que

(1) Elisa Serna. "Brasa viva". Le Chant du Monde. Edigsa EDX 73306. Arreglos: Jordi Vilaplanyó y Carles Bolderi.



Elisa Serna, el palpito caluroso de lo próximo.

tienen de la cantante una imagen estereotipada y estrecha. Para los que piensan que ella únicamente sabe o puede cantar composiciones políticas en primer grado, inmediatas como látigos. Sin embargo, he aquí "otra faceta de Elisa Serna": estas composiciones de amor y de vida. Está fuera de lugar esa supuesta divergencia de sus trabajos, puesto que, en este momento, el amor y la vida presentan unas aristas absolutamente políticas y sociales para cualquiera que se plantee con un mínimo de seriedad estos problemas. Y Elisa lo hace.

La mayor parte de las canciones de "Brasa viva" son de la propia cantante, que extiende así su labor total como artista del verso y de la música. Hay, asimismo, contribuciones en forma de canciones por parte del norteamericano —y semidesconocido entre nosotros— Tom Paxton, del cubano Noel Nicola e, igualmente, de los compatriotas Manuel Machado, Antonio Gómez y Gregorio López de Irausegui. Todo ello compone un mosaico de opciones que no se separan, sino que se complementan, y funden

totalmente en el crisol de la voz de Elisa, una voz, por cierto, que gana prestancia y calidad de día en día.

El disco, a pesar de todo lo dicho y del valor que atesora, deja de ser plenamente satisfactorio. Las intenciones están por encima de los logros, y esto no es nuevo en Elisa, ni tampoco en la canción castellana. Una hermosísima canción, como es "Compañero" —posiblemente, la más bella letra que haya compuesto la cantante—, tema de amor, comprensión y solidaridad con el hombre amigo, es tratada instrumentalmente con un exceso de barroquismo experimentalista que estaría mejor en otros temas y no en éste, que está pidiendo a voces un arreglo simple, directo, íntimo y humilde, tal y como Elisa lo ha cantado tantas veces en directo hasta hacer temblar de emoción. Aquí ese "climax" no se logra, y es una auténtica desgracia. Por otra parte, algunos otros textos no están a la altura de las circunstancias, por excesivamente pretenciosos o, simplemente, por poco matizados. El poder de sugerencia desaparece en canciones como "La hora cero" o "Canción de cuna para Eva", con citas excesivamente forzadas a Cristo, Marx o Mao (!).

Los mejores momentos del álbum radican precisamente en "Brasa viva", donde se conecta perfectamente con sonoridades flamantes tan cercanas a nuestra sensibilidad y a nuestro acervo, o bien en el intimismo poético de "Incomunicación" y "Maldita sea mi suerte" (el tema extraído de unas coplas populares machadianas), donde se vuelve a sentir el palpito caluroso de lo próximo, restituido y devuelto tras tantos años de olvido o desprecio. Y no me refiero exclusivamente a unos versos, sino más bien a todo un soporte sonoro que les acompaña y hace vibrar.

Carlos Castilla del Pino hace una breve presentación del LP, y escribe que en él, Elisa Serna canta y sueña la libertad, "entre otras cosas para el amor". Y es que, efectivamente, sin libertad es raro que un amor pleno se pueda dar. De ahí que en absoluto sea inconsecuente el que la cantante más prohibida de España haya reparado ahora en una temática tan humana como urgente. ■ ALVARO FEITO. ▶